

CONCIENCIA HISTORICA Y CONCIENCIA FILOSOFICA

Por ANA MARIA APREDA

La reflexión acerca de lo histórico y de la temporalidad parece ser la característica distintiva del pensamiento filosófico contemporáneo. Es evidente que en esto lo podemos reconocer como heredero y, en alguna medida, continuador de la problemática de algunos sistemas filosóficos de la época moderna. La historia fue el eje central alrededor del cual se organizaron el idealismo y el materialismo históricos de Hegel y Marx. También en esta época tuvo gran desarrollo la historia a nivel de ciencia positiva, que promovió el surgimiento de nuevos planteos epistemológicos que la filosofía trató de resolver, como por ejemplo: ¿es la razón filosófica competente en el ámbito de la historia, o precisamente lo histórico constituye el límite para el conocimiento racional? Era necesario, además, para que la investigación histórica pudiera llegar a ser una auténtica ciencia positiva, dotarla de un método riguroso, otorgarle fundamentos adecuados y darle una organización sistemática a sus conocimientos. Esto originó también el replanteo de algunos problemas dentro del dominio de la ontología. Se hacía imprescindible saber si lo histórico era el verdadero modo del ser o simplemente una nueva región de entes, diferente, en esencia, de la del ente natural, pero tan objetiva y real como ésta; o, en fin, si lo individual y cambiante carecía de realidad y se reducía a mero fenómeno o apariencia: en tal caso, la verdadera realidad seguía siendo lo inmutable, lo eterno, lo universal y, por lo tanto, lo atemporal.

La filosofía de la época moderna consideraba a la historia como desarrollo del espíritu objetivo. Había reconocido una sustancia espiritual autónoma, que se traducía en las obras y realizaciones del hombre, pero no logró desentrañar la auténtica raíz ontológica de ese modo del ser. En Hegel, por ejemplo, el espíritu objetivo termina por anular al hombre individual, genuino agente de la historia, en cuanto lo instrumenta siempre en función del despliegue del espíritu o razón absoluta en el tiempo.

El pensamiento moderno sucumbió a una falsa opción que vivió como real y auténtica. Debía optarse por el idealismo que representaba la filosofía o por el positivismo tal como lo postulaba la ciencia del momento. Ambas, ciencia y filosofía, aseguraban que su conocimiento era el único correcto y exacto, la "ciencia" por antonomasia, que aprehendía la realidad verdadera.

El racionalismo consideraba las categorías de universalidad y necesidad como constitutivas del conocimiento científico; en nombre de una razón omni-

potente y omnicomprendiva resolvía la aparente contradicción de una "ciencia" de lo histórico, construyendo un sistema racional cerrado y "a priori" dentro del cual el **acontecimiento** se convertía en una causa o efecto previsible, con lo que perdía, precisamente, su posibilidad de ser histórico; se lo consideraba como una etapa necesaria en el cumplimiento de un sentido ya conocido.

La metafísica racionalista, aún en el caso en que pretendía aparecer como una filosofía de la historia, hizo imposible una genuina y efectiva vinculación entre la historia y la filosofía. En "su intento de reconciliar la contingencia histórica y la razón eterna y necesaria, trató de descubrir el sentido de la historia más allá de los acontecimientos, que en sí mismos carecen de significación. En lugar de absorber los acontecimientos en una eternidad intemporal (1), la metafísica de la historia los subsume en la unidad hipostasiada de una meta-historia, que es una totalidad en devenir, con su origen, su sentido y su fin, al que se recurre para justificar los acontecimientos y actos humanos". (2) No reconoce, por lo tanto, la importancia esencial y el significado peculiar que tiene en la historia el **acontecimiento** único e irrepetible. La filosofía acaba por cancelar a la historia.

Por su parte, los historiadores, al considerar a esa particular filosofía como la filosofía, y reaccionando contra su idealismo, afirmaban que la historia era ciencia, pero de lo particular, de lo objetivo. El hecho o acontecimiento histórico era, según ellos, un **hecho en sí**. En la necesidad de fundamentar un objetivismo total, en oposición al fuerte subjetivismo de la filosofía, la ciencia histórica exigía que el historiador fuera un investigador riguroso y neutral que dejara a los hechos **hablar por sí mismos**. La historia debía ser la reconstrucción exacta de la realidad tal como había sido, independientemente de la conciencia que la recreaba. Pero es la noción de acontecimiento en sí, escribe Thévenaz, lo que se revela contradictorio. No hay hechos brutos en la historia, como tampoco los hay en ninguna otra ciencia; y el **acontecimiento**, que es el núcleo central de la historia, es sólo acontecimiento para una conciencia. Esto no significa de ninguna manera identificar el hecho con su conocimiento, como lo hizo Croce, por ejemplo. "La historia no tiene una realidad sustancial trascendente al hombre, pero tiene, sin embargo, tanta realidad 'objetiva' como el **acontecimiento**, cuyo carácter esencial es el de hacer irrupción en la conciencia". (3)

Otro reproche que el historiador hace a la filosofía es el de considerarla un conocimiento (y eso en caso de que la reconociera como tal), tan alejado de la realidad que no podía tener ninguna influencia en la acción de los hombres ni de los pueblos; era exclusivamente teórica. Surgía cuando una época histórica llegaba a su fin, cuando ésta había agotado sus posibilidades de creación; por lo tanto, sólo podía comprenderla. Adquiría valor significativo solamente

(1) Tal como hizo, por ejemplo, la filosofía griega.

(2) THEVENAZ, PIERRE; *Evénement et Historicité*, en *L'Homme et l'Histoire*, Actes du VI^e Congrès des Sociétés de Philosophie de Langue Française, P. U. F., Paris 1952, pág. 218.

(3) THEVENAZ, PIERRE, *Op. cit.* pág. 223.

para su época y en relación con las otras manifestaciones espirituales que le eran contemporáneas.

Así, pues, la ciencia y la filosofía modernas plantean, en su consideración de lo histórico, una falsa opción.

La filosofía consideraba de la historia sólo lo universal, eliminando la peculiaridad y la multiplicidad de los hechos históricos en nombre de una razón que, aunque histórica, era absoluta. No fue consciente de que precisamente "frente al acontecimiento que la limita, la conciencia hace experiencia de su propia temporalidad y de sus propios límites. Su temporalidad es propiamente su límite". (4)

La historia, en su necesidad de ser ciencia de lo concreto, objetiva y rigurosa, no advirtió que por debajo de la diversidad de los acontecimientos históricos, subyace un elemento de universalidad, que es la estructura misma de la temporalidad. Ignoró que "la historia que se atiene a los hechos mutila el tiempo" (5), convirtiendo a la historia en la ciencia del pasado y considerando a éste como encerrado en sí mismo, sin ninguna relación con el sujeto para el cual es objeto. La verdad de la historia, dice Dardel, no está en los manuscritos. Porque la verdad misma es histórica: el descubrimiento de un ente que es esencialmente temporalidad.

Aun cuando muchos de estos problemas continuaron tratándose y, en alguna medida, desarrollándose en la filosofía contemporánea, es necesario destacar que ésta hace un aporte nuevo y decisivo: un cambio de perspectiva que constituye, podríamos decir, casi una **revolución copernicana**.

Sitúa su punto de mira en la existencia, en el hombre concreto, en tanto realizador de la historia. No abandona el descubrimiento de la historicidad de las culturas y de las creaciones humanas hecho por la filosofía moderna, pero le da su fundamento real: **las obras humanas son históricas porque son la expresión del verdadero ser del hombre, que es temporalidad, historicidad**. "La historia se abre como el horizonte de la comprensión que el hombre tiene de sí mismo, la historia es el modo de ser del hombre mismo y la estructura del mundo humano". (6)

El hombre se reconoce finito y, por lo tanto, histórico. Porque no posee un ser fijo y determinado, porque es mera posibilidad, debe hacerse a sí mismo; su ser está en su realización, en su obrar, en su actuar. Y precisamente **frente y en relación con su obra** le es posible comprenderse y conocerse. La historia, por lo tanto, "es concebida como la **unidad ontológica del hombre histórico y de sus obras históricas**. Es un modo de ser del ente". (7) La idea de un sujeto abso-

(4) TREVENAZ, PIERRE, *Op. cit.* pág. 221.

(5) DARDEL, E., *L'Histoire, science du concret*, P. U. F., 1946.

(6) MÜLLER, MAX, *Expérience et histoire*, Publications Universitaires de Louvain, Louvain, 1959.
página 6.

(7) MÜLLER, MAX, *Op. Cit.* pág. 9.

luto cuya plena realización constituye el sentido del devenir histórico, es completamente extraña al pensamiento contemporáneo. El **hombre concreto y en relación** es el que se desarrolla en la historia y esta realización suya es la que da sentido al proceso.

Al experimentarse como imposibilidad de ser absoluto, toma conciencia de su propia finitud e historicidad y, al mismo tiempo, reconoce en ello, por medio de una reflexión, su verdadero ser. En la experiencia ontológica fundamental de la historicidad, dice Max Müller, el hombre se experimenta como individuo singular y como un todo, como ser finito, pero pudiendo curarse de su finitud trascendiendo en su obrar al plano histórico, en el que puede cumplir su humanidad.

El hombre, por esencia, no puede ser nunca un en sí, encerrado dentro de su propia individualidad; siempre es un **ser en relación**, y ese estar en relación es lo que otorga sentido a su existencia. Mediante su relación con la naturaleza, la humaniza y la historiza; con su acción la transforma en el **mundo para el hombre**. Por medio de su relación con los demás, que es siempre una praxis en común, logra desarrollar plenamente todas sus posibilidades humanas. Porque es conciente de que debe actualizar todas sus potencialidades existenciales a nivel individual e histórico, se propone fines inmediatos y mediatos, cuya realización orienta y otorga significación a su devenir.

Más allá de su propia historicidad reconoce también la existencia de una historicidad objetiva en función de la cual llega a conocerse a sí mismo. "El tiempo histórico es el tiempo que se comprende comprendiendo al otro; que se comprende obrando. No existe el tiempo desinteresado de la especulación". (8)

La filosofía y, en alguna medida, la historia contemporáneas han logrado establecer y fundamentar las verdaderas vinculaciones que existen entre historia y filosofía. Pero si bien es necesario señalar que dichas relaciones no son producto exclusivo de nuestra época, ya que podemos encontrarlas presentes en otros momentos históricos, nunca se ha planteado el problema con tanta intensidad como en el actual.

La cultura contemporánea ha alcanzado un grado de conciencia histórica como quizá no haya sido logrado nunca anteriormente. Pero, precisamente por querer el pensamiento actual ser un pensamiento de su tiempo, acepta los condicionamientos que, en alguna medida, le impone el devenir histórico. Quiere ser filosofía del presente sin por ello dejar de reconocerse como heredero de toda una tradición a la cual comprende y supera. "La actualidad de una filosofía depende de su oportunidad histórica". (9) La noción de *kairós*, dice muy acertadamente Max Müller, es el concepto central de toda **comprensión auténtica de la historia y de toda filosofía de la historia**.

La condición de posibilidad de todo conocimiento de lo histórico, sea éste filosófico o científico, es una **experiencia** de un determinado modo de ser del

(8) DARDEL, E., *Op. Cit.*

(9) NICOL, E., *Historicismo y existencialismo*, Tecnos, Madrid, 1960, pág. 13.

hombre. Es la experiencia de su historicidad. Ese elemento ontológico debe ser traducido conceptualmente por una conciencia filosófica. La historicidad, como unidad de sentido del devenir de la existencia y de sus creaciones, debe ser vivida, pero también debe ser pensada y conocida. Por lo tanto, la auténtica conciencia histórica se logra por medio de la **reflexión y elaboración conceptual** de la vivencia de la genuina realidad del hombre. Pero además existe también una conciencia del hecho histórico, es decir, una conciencia fáctica u óptica.

Si bien la primera es reconocida como fundante de la segunda, es absolutamente imprescindible la presencia de ambas para que se logre una verdadera unidad orgánica entre conciencia histórica y conciencia filosófica. Es sumamente esclarecedor, nos parece, ver que ésta no se logró cuando, en una determinada cultura, predominó exclusivamente uno u otro tipo de conciencia.

Los griegos, por ejemplo, como muy bien lo demuestra Max Müller, tuvieron experiencia de la historicidad de la existencia. El hombre era un ser finito y mortal, y "sólo podía salvarse y conservarse por sus obras y sus acciones. Los héroes griegos están prestos a sacrificar sus vidas biológicas a condición de que su sacrificio les permita prolongar su vida individual y conservarla realmente en la **historia** (en el recuerdo)". (10).

Esta experiencia de la historicidad es vivida por el griego trágicamente. No constituye, sin embargo, una verdadera conciencia histórica porque se mantuvo en el nivel de la experiencia; fue vivida pero no reconocida como tal. Fue la filosofía (la razón filosófica), la que se reveló impotente para dar el fundamento conceptual necesario a esa experiencia. Además, para el griego, la historia fue siempre historia de lo individual, ya se tratara del hombre individual o de la polis en tanto individualidad étnica.

El Renacimiento, en cambio, valora y reconoce la peculiaridad y multiplicidad de los hechos históricos. Las culturas son históricas y cada una cumple su historicidad de una manera que le es propia. Pero, no obstante reconocer la historicidad de sus obras, el hombre renacentista perdió un poco de vista el considerar que él también era una individualidad finita e histórica. El Renacimiento, escribe Dardel, explica el presente como una simple consecuencia del pasado y el futuro se puede deducir del presente. Sin embargo, "el interés por el pasado pone ya en evidencia la búsqueda de una historicidad". (11).

Es evidente que ambos tipos de conciencia histórica se implican mutuamente, pero es la conciencia del ser como histórico la que hace posible la aparición y el conocimiento de los hechos históricos. Estos son comprendidos en relación con el todo del que forman parte y que les confiere su sentido.

La historia, en tanto realidad y conocimiento de esa realidad, posee una doble fundamentación: la historicidad individual (existencial) y la historicidad del pueblo o comunidad. Desconocer una u otra es desvirtuarla. El error de

(10) MÜLLER, MAX, *Op. Cit.*, pág. 35.

(11) DARDEL, E., *Op. Cit.*, pág. 121.

Heidegger es el de no haber reconocido la **autenticidad** de este segundo tipo de historicidad, sin tener en cuenta que ambas son recíprocamente constitutivas. Porque si bien el tiempo histórico tiene su fuente en el tiempo existencial, no se reduce a esta forma de temporalidad, sino que asume autonomía y objetividad propias. Precisamente es la filosofía, en su reflexión sobre la historia, la encargada de integrar los distintos momentos del tiempo mediante una unidad de sentido objetivo que surja del significado mismo de los hechos históricos en cuanto apunta a una continuidad de realización humana.

Hemos visto, entonces, y esto es esencial para lo que queremos demostrar, que donde hace su aparición la conciencia histórica hay un fundamento ontológico (que la filosofía debe estudiar), que la hace posible.

La filosofía, por su parte, también contiene ciertos elementos de historicidad, que nos permite ejemplificar mejor la necesaria ligazón entre conciencia histórica y conciencia filosófica.

Conciencia filosófica es la **aprehensión conceptual de una experiencia existencial**. Y la experiencia y el modo de darse son asimismo históricos.

El reconocimiento de la historicidad de la filosofía se plantea en nuestra época de una manera mucho más crítica y apremiante que en ninguna otra, debido a que solamente "una consideración radicalmente histórica de la filosofía es, precisamente, la que puede restaurar su vigencia" (12).

La consideración histórica de la filosofía significa tanto evitar un presentismo total, como caer en una consideración atemporal de la misma. Para ello es necesario saber, como lo demuestra Nicol, que un pensamiento filosófico, para ser comprendido, tiene que revelar las **conexiones de sentido** con las otras manifestaciones del espíritu en su época, y el reconocimiento de que hay también una **relación horizontal** en que se encuentra un sistema respecto del anterior y del siguiente. Los antecedentes filosóficos y extrafilosóficos limitan también dialécticamente, el campo de posibilidades de su aporte innovador. Si bien es necesario reconocer la presencia de ciertos problemas eternos dentro del ámbito de la filosofía, ello no invalida de ninguna manera su historicidad. Es el **modo** de plantearlos lo que cambia y es precisamente ese **modo** lo que en alguna medida está condicionado, por un lado, por el desarrollo de las ciencias positivas y, por otro, por las necesidades y tareas inmediatas que el presente histórico plantea; todo lo cual constituye la **fisonomía de la época** y le confiere su personalidad cultural.

Es precisamente la existencia de ciertos problemas cuyos planteos y posibles soluciones son consustanciales al hombre mismo, lo que posibilita el carácter dialógico de toda conciencia filosófica. Todo filósofo debe, necesariamente, dialogar con las filosofías del pasado y, de esta manera, **comprenderlas**. "La historia de la filosofía aparece como una dimensión esencial a la reflexión filosófica misma; es el estudio de los problemas filosóficos a través de las doctrinas en las

(12) NICOL, E., *Op. Cit.*, pág. 335.

que fueron expresados a lo largo de la historia; requiere el conocimiento de las condiciones históricas en que se llevó a cabo la especulación filosófica en las distintas épocas. En efecto, la filosofía aprehende y define sus problemas en función, no solamente de los conocimientos científicos, sino también de las creencias religiosas, y recibe su particular orientación de hecho de las circunstancias sociales, la situación política y los problemas que plantea la actualidad" (13).

Pero, al mismo tiempo, la filosofía rechaza enérgicamente toda posibilidad de ser absorbida por la historia en cualquiera de sus formas, ni siquiera por la historia de la filosofía.

El pasado de la filosofía nunca puede ser considerado como ya *sido*, sino que, mediante la reflexión sobre las mismas cuestiones, va siendo actualizado en cada presente histórico. La reflexión filosófica necesita tanto de la historia de la filosofía como la ciencia histórica de la existencia de hechos históricos. Y aquel pensamiento filosófico que no logra ninguna incidencia sobre el presente es porque, en su momento, estuvo también alejado de la realidad concreta, o fue, simplemente, mero juego especulativo. Una filosofía viva es aquella que responde a las necesidades del presente y, al mismo tiempo, se reconoce formando parte de una unidad en devenir.

Como conclusión podemos decir que la toma de conciencia, tanto a nivel teórico como práctico, es posible cuando una realidad (hombre, estado o comunidad), se vive a sí misma como continuidad y unidad de sentido y, dentro de un todo más amplio que la trasciende. Sólo así aquella realidad puede comprenderse histórica y reflexivamente.

(13) MOREAU, J., *L'histoire de la philosophie, l'historien et le philosophe*, en *L'Homme et l'Histoire*, P. U. F., Paris, 1952, pág. 376.